

Personalidad

¿Se nace o se hace?

Por: P. FERNANDO DE LA VEGA



En el inicio de un nuevo año, uno más en nuestra vida y también uno menos de los que nos quedan por vivir, nos lleva a reflexionar, y en este sentido hacemos un inventario de lo que hemos conseguido hasta aquí y de lo que nos falta, de cuáles han sido nuestros logros y cuáles nuestros fracasos.

Dejando de lado las cosas materiales que tanto nos agobian, y que generalmente son el motivo de nuestros inventarios, me gustaría analizar un aspecto que considero de suma importancia.

Es frecuente oír hablar sobre la personalidad, incluso clasificamos a las personas que conocemos en dos grupos: los que “tienen personalidad” y aquellos que, al menos según nuestro criterio, carecen de ella. Pero, en realidad ¿De qué se trata? ¿Qué es la personalidad? ¿Cómo se consigue? Alguien escribió que nacemos humanos, pero tenemos que llegar a ser personas.

Si intentamos encontrar respuesta a estos interrogantes mirando al panorama social nos encontraremos con datos muy diversos de las personas que forman nuestro entorno, reacciones inesperadas, respuestas airadas, comportamientos muy disímiles ante los mismos estímulos y, como un común denominador, conductas francamente incoherentes. En general, podemos llegar a la conclusión de que en el mundo que nos ha tocado vivir casi nadie ha logrado alcanzar plenamente lo que los especialistas en la materia califican como personalidad madura.

Muchas veces nos encontramos con adolescentes de uno y otro sexo que, por su desarrollo físico, parecen haber alcanzado la juventud, pero cuando hablamos con ellos, o los vemos reaccionar, nos percatamos que tienen una mentalidad propia de su edad cronológica, es decir, que apenas comienzan a abandonar la niñez y, por lo tanto, es normal que sean así. Sin embargo, no sería normal, si esos muchachos o muchachas, a medida que crecen, no alcanzaran una altura interior y permanecieran refugiados en una niñez mental altamente contrastante con su crecimiento corporal.

La falta de correspondencia entre estatura –desarrollo físico– y mentalidad, es uno de los rasgos característicos del diagnóstico de haber alcanzado la plenitud de la personalidad. Nuestro tiempo reclama gente que sepa distinguir y valorar adecuadamente, y para ello, hay que enseñar a unos y otros a adoptar una postura crítica ante la vida y los acontecimientos, lo que significa que todos tenemos que poseer un criterio que nos permita ver la realidad de modo objetivo, sin dejarnos llevar por entusiasmos ni tampoco por resquemores.

Es importante no confundir el criterio con lo que dicen todos, o lo que está de moda. Cuesta no estar de acuerdo con lo que dice todo el mundo y aún cuesta más no hacer lo que hace la mayoría. Recuerdo una discusión entre dos personas, presenciada por mí mientras esperaba que me atendieran para reparar mi reloj de pulsera. Uno de ellos decía que una determinada noticia era imposible, mientras el otro sostenía que era cierto porque lo había leído en el periódico y, además, lo había escuchado en la radio.

Este último, posiblemente no había descubierto que las cosas tienen el color del cristal con que se mira, o dicho de otro modo, detrás de cualquier hecho u opinión transmitido por los medios de comunicación o expresado por una persona, están los condicionamientos de un contexto determinado y los intereses y objetivos concretos.

En el camino de la formación de la personalidad, hay que observar, recoger datos, relacionar hechos, darse cuenta de lo que puede haber detrás, tratar de conocer los objetivos de quien nos habla, o de los acontecimientos que nos narran. La adquisición de la personalidad supone una actitud mental capaz de valorar la realidad adecuadamente, sin apasionamiento. Esto presenta sus dificultades, que serían mayores aún si no somos capaces de analizar, y nos dejamos llevar por las opiniones de la mayoría.

Ser capaces de juzgar y tomar decisiones, aunque vayan en contra de la mayoría, no es ni un delito ni un pecado. Tener miedo a desentonar y no caer simpático, asintiendo servilmente con lo que consideramos incorrecto, no nos hará ni más populares ni mucho menos más felices.

Todos necesitamos esa vara espiritual que mide el tiempo, el por qué, el objetivo, como instrumento para la búsqueda de la verdad. Nuestro tiempo está escaso de hombres y mujeres de criterio, capaces de colocarse no del lado que se vive mejor, sino del lado donde radican la verdad y la justicia, aunque a veces, asumir esa postura cueste renuncias, sacrificios y hasta el mote de conflictivo. Por eso tenemos que aprender a pensar y enseñar a pensar.

Cuando pensamos las cosas, actuamos con prudencia, somos fieles a la realidad y nos sentimos mucho mejor a la hora de poner la cabeza sobre la almohada al terminar el día. Pensar es una fuente de gozo y es lo que nos distingue del animal que obra por instinto; pensar es estar capacitado para tomar decisiones y asumir posturas ante la realidad de cada día.

La madurez psicológica no es una seriedad afectada, no impide ser simpático y disfrutar de la vida, todo lo contrario. Tener personalidad es actuar siempre, según la edad corporal y la edad mental.